

La grapa y la engrapadora

Alejandro Torrado.

...Eduardo Casar, Fabio Morábito...

Es bien sabido. Existen entes que guardan dependencia directa con su complemento. Que circunstancial e implícitamente, sí, a la vez, se unen por su naturaleza y por su funcionamiento eficaz y para lo que fueron creados. «¿Qué, qué, qué?», se preguntarán ustedes. Por supuesto que no se trata de un fallido análisis gramatical, ni de un acto de demencia. No. De lo que se trata es de platicar la historia — el sino— de la grapa y la engrapadora: la maravilla de la unión representada en estas herramientas (misteriosamente cotidianas) hechas una, *unus, uno, hecho de ser uno*. No podemos hablar de engrapadora sin grapas o de grapas sin engrapadora; sería como si cometiéramos una aberración: como si se quisiera trocar el destino del mundo, su curso de por sí alterado. Como si un hombre quisiera arrogarse todo el poder para trastocar el orden natural — a excepción, claro está, de algunos presidentes de algunos países. Pensar en la engrapadora sin grapas es imposible, por tanto se tiene que hablar de esta pareja como uno solo, indivisible, la una y la otra con idénticas fechas de nacimiento y muerte. El solo hecho de tratar de hablar aisladamente

de un elemento de este binomio es peor que pecado. Concebirlos separados es peligroso, *malo como la carne de puerco*. Si así lo hiciéramos, el mundo se convertiría en un amasijo extraño y poco inteligente: como un bosque sin árboles, una iglesia sin limosnas o un cine sin sostenes desabrochados: el sin sentido y el aburrimiento.

Las grapas, perfectos soldados metálicos, extremidades a medio cuadro, han sido inducidas al túnel anatómico de su inseparable, la engrapadora; lista para hacer que tu mano diga adiós al engrapar... por su naturaleza y su función, es antagonista del Cuchillo Hendidura y de Navaja Rasgón. Mientras que estos se dedican a *irse*, a entrar, lastimar y salir, doña Gracona Milesdehijosdemetal, metalista del orden, se propone a los trabajos de reconciliación, a la tarea de reunir y de lograr el consenso: *la unión es su fuerza*.

Ciempies de plata, siempre cortejando, ha llegado a la conclusión de que su destino es el amor. En el último de los casos — y ya descubierta la epifanía de doña Gracona — la engrapadora es como el amor. Sí. Otra vez no es un fallido análisis ni una locura. Y es más:

Alejandro Torrado

(México, DF, 1975). Estudió Letras Hispánicas en la UNAM. Es actor y baterista de un grupo de blues. alejandrotorradol@yahoo.com.mx

el amor mismo. Boca y lengua metálica, mandíbulas que no rasgan sino que operan con fusión, mecánica de la integración, la relación amorosa en pareja: la copula, la ternura, el hartazgo, el odio, el beso, la voluntad, la ira, la solidaridad, el dolor, la unión, el arrebató, la puerilidad, el celo, los celos... De ahí su oficio de conciliadora, de unificadora y de madre decimonómicamente tradicional, que se empeña en mantener a sus hojas – perdón, quise decir a sus *hijos* – entre sus brazos, aunque éstos hayan evolucionado, con el tiempo, en un par de extremidades frías, casi de metal, que ya no cumplen con las expectativas de los críos.

Quiero ir más allá. Este instrumento es más que una madre, más que una familia y más que un árbol genealógico. La engrapadora es sagrada. Así, por ejemplo, como el primer coito. Puede doler, sí, pero el placer de la unión cura cualquier ruptura o escisión; hasta cualquier remordimiento... Con su fuerza, la engrapadora tiene la extraordinaria doble función: penetra y aprisiona el unísono, como la maravilla del amor; que puede ser pasajero, intenso, fuerte, grande o chico. Aquí también la engrapadora se empata en

matices: las hay pequeñas, de llavero. Este tipo de engrapadoras son como los amores chiquitos: tibios, inhibidos, casi no se notan, se pueden descomponer con facilidad; no son tan perdurables en el uso y en la memoria; las hojas pueden volar. El amor pasajero no es exactamente como alguna clase de engrapadora, sino como un clip: no son tan estables y ese amor o ese clip, puede salirse en un descuido y nos deja una sensación de caos, de desorden y arrepentimiento por no haber usado una engrapadora grande, de metal, con grapas del número quince. Es decir, como un amor fuerte, intenso y duradero. Un amor que se concreta en la unión desde el momento en que la pareja se mira y se atrae, desde el momento en que se unen fuertemente y con seguridad veinticinco cuartillas de una sola descarga.

Evidentemente también existe el desamor, por lo tanto también existe el quita grapas. Algunos amores, por decirlo de esta manera, son tan intensos, que debido a un desborde descomunal, acaban por terminarse, por aturdirse. El enamoramiento y el desencanto están en el mismo lugar: El amor ha trascendido a los sujetos. Lo anterior quiere

decir que las engrapadoras que tienen quita grapas integrado pueden ser fatales en manos de un adolescente. Como un vector amoroso sin dirección. Luisito, el de la *secu*, puede consumir toda una tarde engrapando y desengrapando. Tratando de amar pero sin ninguna voluntad estabilizadora, sin saber a quién entregárselo.

La engrapadora es tan importante para algunas culturas del mundo que de ésta depende el futuro del amor entre las personas. En estos tiempos, la unión hace la diferencia. La grapa y la engrapadora ya constituyen un símbolo en el ámbito de los hojeros. Por eso, ya se ha hecho famoso el siguiente refrán: «Dime cómo amas y te diré qué engrapadora tienes».

